

La migraña de Nietzsche

Saru Ruiz



Capítulo 1

Leipzig a finales del siglo XIX. Una mañana fría, como lo son habitualmente. Bulliciosa, repleta de sonidos y rostros y andanzas. Lou, mujer esbelta y ágil, de sonrisa confiada y actitud jovial, se mueve a través de todo con soltura. Va de una tienda a otra, llenando dos bolsas grandes de tela con pan, quesos, frutas y otros artículos necesarios.

A pesar de que su vestido es negro, su carácter la destaca entre la multitud que va y viene, como la espuma en el oleaje.

En la casa Winterplan; en la cocina, para ser específicos, Fred bien podría desaparecer entre el mobiliario gris.

Sentado frente al desayunador, sostiene en una mano un vaso de leche a medio vaciar. Esconde la cabeza en su antebrazo, que descansa sobre la mesa. Se queja a ratos con gruñidos graves, a causa de una de sus migrañas.

Por la ventana entran, además de la luz plateada de la mañana, los sonidos de la ciudad, que taladran la mente de Fred como el recordatorio de que hay algo pendiente, una tarea abstracta que se lleva toda la vida y nunca termina por resolverse. Una búsqueda imposible que cambia día con día.

De pronto, como un relámpago que divide el cielo con su cauce, como un haz de luz que borra toda oscuridad en la casa, Lou entra por la puerta principal.

—¿Fred, estás en casa?

Fred no responde, ni siquiera se mueve. Sólo gruñe por lo bajo. Lou se dirige a la cocina, insiste.

—¡Fred, ya llegué!

—Cocina... —Por fin se escucha la voz lastimera de Friedrich-.

Lou entra y mira a Fred con lástima, le acaricia el cabello y pone las bolsas sobre la mesa. Él no se inmuta.

Mientras acomoda los víveres en los distintos espacios de la amplia alacena, Lou canturrea algo, a lo que Fred responde con un gruñido quejumbroso. Lou sonrío con sorna.

—Fred, ¿te sientes mal?

Fred apenas mueve la cabeza, mostrando un ojo entre su cabello y su antebrazo, como alguien que mira desde el limbo.

—¿De verdad tienes que preguntar?

Lou continúa sin dejarse afectar por la neblina que emana de su amigo.

—¡Y estás de malas, además! —Lou casi festeja- Va a ser un gran día.

Fred alza la cabeza con los ojos cerrados; intenta abrirlos, pero el dolor lo vence. Se sumerge en las palmas de sus manos y apoya los codos sobre la mesa.

—Lo único que podía empeorar el día era que estuvieras de buenas.

Lou ríe.

—Vamos, Fred, mis bromas no son tan malas. ¿En serio te molestan tanto?

—Así y un poco más, aún.

Lou le sacude el cabello, se sienta junto a él y lo mira con atención, como una niña curiosa que trata de forzar a una cochinilla a abrirse.

—Fred.

—¿Qué?

—Mírame, por favor.

—No quiero.

—¿No quieres mirarme?

—No quiero abrir los ojos.

—Tu migraña.

Fred asiente despacio.

—Bueno, entonces escúchame.

—¿Tengo opción?

Lou mira alrededor, pensativa, como si en realidad se lo tomara en serio. Luego resuelve.

—Considerando la situación en la que te encuentras, yo diría que no.

Fred gruñe, inconforme.

—Entonces, habla.

—Bien. —Lou pone las manos sobre la mesa, muy seria- Fred, hay algo que quiero saber.

Lou hace una pausa, Fred espera un momento; luego, abre los ojos y la mira, interrogante. Cierra los ojos de nuevo, víctima del dolor. Agita una mano para indicarle que siga hablando. Ella inhala profundo y exhala, después habla.

—Fred, ¿me amas?

Fred sacude la cabeza, abre los ojos y mira a Lou. Se olvida por un instante del dolor. La pregunta penetra hasta lo más profundo de sus pensamientos. Después, la migraña regresa en una venganza brutal que lo obliga a enrollarse de nuevo, a pesar de la resistencia.

—¿Fred, estás bien?

Él no responde.

—¿Fred?

—Amor... —La voz de Fred es cavernosa- ¿Hablas de amor por la mañana?

Lou se acerca un poco más, habla con tono íntimo.

—¿Por qué no, Fred? Cualquier hora es buena para hablar de amor. En especial hoy, contigo.

—¿Conmigo?

—Sí.

Fred, sin abrir los ojos, levanta el rostro y voltea con ella, como si la viera con la mente. A Lou le parece que la imagen es tétrica.

—¿Y Paul?

—¿Qué pasa con Paul?

—¿Dónde está?

—En el tren.

Fred hace un gesto de extrañeza.

—¿Cuál tren? ¿De qué hablas? ¿Se va?

—Sí. Ahora mismo, Paul está sentado en uno de los vagones, solo. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Pero, ¿a dónde va? ¿Por qué no me dijo nada?

—Porque yo se lo pedí.

—¿Por qué?

Lou resopla, se acerca aún más. Fred siente el calor de ella cerca de su brazo. Se tensa, pero no recula.

—Eso no importa ahora, Fred. Responde la pregunta.

Él baja la cabeza, la esconde entre sus manos y vuelve a su posición de dolor.

—La pregunta...

—No te hagas el ingenuo. ¿Me amas o no?

Fred aguarda, aprieta los labios y pasa saliva. Su garganta se siente áspera de pronto, como un desierto o el cauce de un río donde se ha construido una presa.

—Somos amigos, Lou.

—Lo sé. No te pregunté eso. ¿Me amas?

—¿Como amiga?

—No, Fred. Tú sabes de lo que hablo. Dime si me amas.

Fred guarda silencio, quiere ganar tiempo, aunque no sabe para qué. Si Paul no está, lo más probable es que Lou haya apartado el día entero para tener esa plática con él. Parece imposible escapar en ese momento, la

única opción es responder algo, lo que sea.

—No.

Lou lo mira, suspicaz, mas no sorprendida.

—¿No?

—No.

—¿Estás seguro?

Fred levanta la cabeza, abre los ojos unos segundos, su expresión llena de hastío y, debajo, una súplica. Quisiera pedirle que se calle, pero sabe que Lou jamás le concedería el silencio ansiado.

—¿Qué quieres de mí, Lou? Hoy no es un buen día.

Lou sonrío, maliciosa.

—Quiero que descanses un poco.

Fred, harto, refunfuña, toma el vaso y lo vacía de un trago rápido. Los juegos de esa mujer lo hacen exasperar. Es difícil entender lo que busca, y no sólo en ese momento, sino en toda situación. Agotado, deja el vaso con un golpe sobre la mesa. Resiste el dolor para hablar con firmeza.

—¿Descansar? No puedo descansar, Lou. ¿Has visto el mundo que hay allá afuera? La vida avanza aunque yo esté dormido y ya tengo suficiente con perderme todas esas horas como para hablar de amor.

Se levanta, muy decidido, pero un fuerte mareo lo invade desde las plantas de los pies y lo obliga a volver a la silla. Lou lo mira, condescendiente.

—Hoy no puedes salir, Fred. El mundo está fuera de tu alcance esta mañana y eso, a decir verdad, es ideal para mí.

Fred respira profundo, trata de recuperarse, pero el mareo persiste.

—¿Por qué?

—Porque estás indefenso.

Fred mira a Lou, ve en su expresión la malicia y el sadismo de un cazador que acorrala a su presa. Es como un gato.

—¿Acaso pescaste un sadismo particular esta mañana? ¿Has pasado los últimos meses planeando acabarme de alguna forma?

—Tal vez las últimas semanas, pero no es para tanto.

—¿Qué hay de Paul?

—¿Qué hay de él?

—¿No te basta con su amor?

—El amor de una sola persona nunca es suficiente, Fred, pero ése no es el punto.

—¿Entonces?

Lou se pone de pie, su sonrisa adquiere una malevolencia que hace temblar a Fred. Camina hasta ponerse detrás de él, le acaricia el cabello con suavidad. Ante el contacto de los dedos con su cuero cabelludo, Fred se ve invadido por un hormigueo eléctrico, su cuerpo se ablanda, se olvida del dolor.

—Fred, mi querido Friedrich. El punto es que aún eres un niño.

La intensidad de las caricias de Lou se intensifica gradualmente, sus dedos dibujan círculos grandes sobre el cráneo, convierten la mente en una masilla flácida. Son el cuidado y el cariño lo que vencen la férrea voluntad de Fred. Ella continúa.

—Crees conocer el cadáver de Dios. Crees que conoces el tiempo, pero ni siquiera estás seguro de lo que dices. Buscas la validación de los demás y es sólo a través de nosotros que logras materializarte. Si alguna vez tuviste la oportunidad de llegar a ser hombre, fue antes de conocerme, Fred, y ése es, precisamente, el problema: que yo sigo aquí y no te has dado cuenta de lo que eso significa para ti. Vas y vienes todos los días, bebes tu leche y sales a caminar. Trabajas arduamente y nunca te cuestionas sobre lo que has puesto en el papel, pues lo olvidas al instante siguiente.

Lou traza una línea desde la nuca hasta la frente de Fred, que está completamente perdido.

—Lo único que te detiene, por momentos, son los pasos de las otras personas con las que compartes esta casa. Sólo cuando piensas en Paul y en mí te consideras parte de algo, te reconoces dentro del marco del tiempo. Pero lo peor de todo, mi querido Fred, es que sólo cuando me percibes deseas sentirte distinto de algún modo. Sólo conmigo cerca quieres llegar a ser hombre y esa es tu maldición, pequeño. Es lo que

debemos solucionar antes de que termine el día.

Fred, que se ha olvidado ya de la migraña, se deja llevar por el tacto de Lou. Ella se detiene y se inclina a un lado de él, lo toma de un brazo y le habla al oído.

—Necesitas descansar, Fred. Hoy no habrá más mundo para ti que esta casa y yo misma. Ven.

Lo ayuda a levantarse con cuidado, despacio. Fred accede, confundido, pero emocionado en lo profundo, precisamente por la incapacidad de comprender lo que sucede.

Caminan juntos hacia el vestíbulo. Fred mira a Lou por un instante, le oprime de pronto una sensación premonitoria que desaparece al momento siguiente, cuando ella le sonrío con confianza, con una cercanía íntima.

Suben las escaleras.

Cuando Fred abre los ojos sólo percibe oscuridad. Mira alrededor, la penumbra es impenetrable y no puede distinguir ninguna silueta reconocible. Está en cama, cubierto con mantas que se sienten familiares al tacto. Se sienta, su migraña es un ligero eco de lo que era antes de dormir. Sin embargo, la confusión ahora lo mantiene tenso.

—¿Lou?

Su voz es tímida, frágil, como la de un niño.

No hay respuesta más allá del silencio. Se abre un hueco en su estómago al pensar que podría estar solo en la casa, que Lou se ha ido con Paul y ahora se encuentra completamente abandonado. Cierra los ojos y habla para sí mismo, tratando de tranquilizarse.

—Relájate, Fritz. No pasa nada. Levántate y sal del cuarto.

Con una obediencia casi marcial, Fred se quita las mantas de encima y nota que lleva su pijama favorito. Baja los pies y busca con ellos las sandalias. Encuentra una y se la calza, luego la otra. Se pone de pie, toma su bata del perchero habitual y va a la puerta.

Abre despacio, temeroso. Con el primer rayo de luz que entra, el eco de la música que suena desde la planta baja invade la conciencia de Fred, lo hace sentir tranquilo.

Él sale de la habitación y va hacia las escaleras.

Baja al vestíbulo. Toda la casa está a oscuras, las cortinas cerradas y ninguna luz encendida, salvo por el brillante color naranja que escapa por debajo de la puerta de su estudio. De ahí proviene la música, al parecer, un vals intrépido, que bien podría titularse Salomé, como ella.

Fred se cierra la bata y la ciñe con un nudo firme. Decidido, va a la puerta del estudio. Toma la perilla, pero no abre. Algo lo somete, como una voluntad espectral que le impone respeto y temor.

Toca, primero con timidez, luego con firmeza.

—Pasa.

Se escucha la voz de Lou del otro lado. Su sonido calma los nervios de Fred, que abre por fin la puerta. Sus ojos se abren tanto como es posible al descubrir que, en el interior, sobre todas las superficies disponibles hay velas encendidas, cuya luz danza mientras que Lou, que viste un camisón aperlado bajo una bata guinda, va y viene por todo el espacio, encendiendo algunas velas y apagando otras, lo que modifica de manera constante la iluminación.

Fred entra, ve a Lou apagar una vela, luego encenderla de nuevo y correr al otro extremo del estudio, cerca de la ventana. Se detiene, voltea a verlo y apaga el fósforo que lleva en la mano. Sonríe, complacida.

—¡Fred! Por fin despertaste. Pasa, por favor.

El tono de Lou delata un intento histriónico por dramatizar la situación, pero a Fred poco le importan los juegos que ella desea jugar. Se adentra. Ella lo toma por un brazo y lo guía hasta el sillón en el centro del estudio, le indica que se siente y él obedece, distraído por las velas, que le parecen un terrible peligro latente, un desastre que espera su momento de ocurrir.

—¿Descansaste? —Fred no le presta atención. Lou insiste- ¿Te sientes mejor?

—¿Cómo?

—¿Estás mejor?

Fred por fin la mira, trata de ocultar su sorpresa y preocupación. Al verlo, ella ríe.

—¿Descansar? Sí. Sí, sólo me queda un poco de migraña, pero nada como

antes.

Lou le acaricia el rostro, se sienta en uno de los descansabrazos.

—Me alegro. Cuando algo me abruma encuentro que sólo hay dos formas de sacudírmelo: dormir...

—O bailar. Sí, lo sé.

Lou sonríe, condescendiente. Habla con voz de seda.

—Hasta el niño más ingenuo puede recordar a las personas que ama.

Al escuchar esto, Fred se pone en guardia, sus manos se tensan sobre sus rodillas. Mira a Lou con suspicacia, ella ríe con soltura, se levanta.

—¿Otra vez con eso? —Reclama él, inconforme—.

—Depende de ti que lo deje, querido. No soy yo la que debe madurar.

—¿Madurar? ¿Tú me vas a hablar a mí sobre madurez?

Lou va a un conjunto de velas, las apaga una a una, conforme avanza en su argumento.

—La amargura no es sinónimo de madurez, Fred. Parece que estás más confundido de lo que pensaba.

—Si bien tienes razón en que no son sinónimos, pasas por alto que el raciocinio sólo madura conforme se ejerce, y bajo ese principio...

Lou apaga la última vela de la esquina del estudio, que queda a oscuras. Enfrenta a Fritz.

—Bajo ese principio no hay nada, Fred. Lo único que sostiene ese argumento es un vacío, una trampa que tú mismo has dispuesto.

Él mira a un lado. Lou avanza a la esquina opuesta del cuarto.

—Necesitas recordar cosas que has perdido. Aquello que te hace independiente. De otro modo, pronto dejarás de ser interesante.

Fred ríe con desprecio.

—¿Interesante? No necesito de tu opinión para validarme. Todo lo que dijiste antes...

—¿Qué? ¿Es mentira?

Fred duda, pero se mantiene.

—Sí.

Lou lo mira con ternura. Le da la espalda y apaga varias velas de un soplo.

—¿Qué día es, Fred?

—¿De qué hablas?

—Lo que oyes. Dime cuánto tiempo dormiste. ¿Sabes qué hora es?

Fred guarda silencio, irritado.

—Si no me tuvieras cerca para asegurarte que dormiste el día entero, pero aún es martes, ¿qué harías?

Lou apaga el resto de las velas en esa esquina. Mientras recorre el muro desde ahí, habla y apaga velas alternativamente.

—Déjame adivinar. Primero buscarías un reloj, pero no queda ninguno a tu alcance, pues los escondí. Tu siguiente opción sería salir a la calle para preguntarle a alguien. Es razonable, pero hay un problema con eso: ¿Qué pasa si es muy tarde por la noche y no encuentras a nadie? O peor, ¿qué tal si resultas víctima de algún borracho violento o un ser que, desesperado, busca en la oscuridad alguna víctima a la que pueda arrancarle algunos centavos?

Fred aprieta los descansabrazos con los dedos. Quiere responder, pero aún no sabe a dónde quiere llegar Lou.

—¿Cómo saber, entonces? ¿Cómo asegurar si fuera de esta habitación el mundo sigue adelante, Fred?

Lou sopla con fuerza, apaga las velas en la tercera esquina. Fred se yergue en el sillón, orgulloso.

—¿A quién le importa? Si en un momento dado abandono el ritmo del mundo exterior, lo único que me queda para resolver el temor es mi propia mente y, por ello, lo que suceda afuera pierde toda relevancia, siempre y cuando acepte la situación en la que me encuentro sumergido.

Fred se pone de pie, sus ojos avivados por la agitación en su mente.

—¿Es eso a lo que quieres llegar? ¿Todo este acto tiene por objetivo decirme que no hay nada valioso fuera de mi mente o de mi espíritu, o cualquiera que sea el nombre que quieres ponerle? Si ésta es tu conclusión, Lou, eres más pequeña y predecible de lo que esperaba. Podría incluso llegar a lamentar nuestra amistad.

Lou, que recorre el segundo muro y apaga velas mientras lo escucha, lo ve ir y venir en un andar frenético, agitando las manos. Se acerca a Fred, entrelaza las manos por detrás y lo interrumpe, siempre sonriente. Le muestra uno de sus dedos y le toca la punta de la nariz, juguetona.

Fred retrocede un paso, perplejo.

—Te crees un pajarillo muy listo, ¿no? Construyes tu nido con ramas fuertes y estructuras sólidas, pero así como algunas aves, te encierras dentro de esta construcción tuya y deseas olvidarte del mundo, aunque dejas una salida, una ventana a través de la cual puedes mirar sin temor a involucrarte. Esto parece cómodo al principio, pero no resuelve tu añoranza, Fred.

Él da media vuelta, cruza los brazos y habla con desprecio.

—¿Añoranza? ¿Qué podría añorar del mundo, sino el alimento que sostiene mi existencia?

Lou le toca un brazo con su mano, muy suave.

—El contacto. La empatía. Saberte parte de todo, no sólo un observador.

Fred da un paso hacia adelante, a uno de los muros que aún está iluminado. Lou lo deja alejarse, como un pescador que da línea a su presa. Él se acerca a una de las velas, mira la llama fijamente.

—Quieres demostrar que conoces el funcionamiento de las personas, te esfuerzas hasta el agotamiento por comprobar que estás por encima de todo lo mundano, todo lo que constituye el reto humano. ¡Dios! Bebes tu leche sola siempre, nunca añades miel ni café. Caminas largas distancias, pero siempre a prisa, sin detenerte a observar las flores, el cielo ni las aves. Todo se trata siempre sobre el momento siguiente, el paso que viene después del actual, que revela su sentido sólo a futuro. Así, te olvidas de lo que significa estar vivo aquí y ahora.

Fred levanta su mano, la acerca a una de las llamas. Lou se acerca a él muy despacio.

—Es un abismo la diferencia entre vivir y observar la vida desde tu refugio, Fred, y tienes la oportunidad de hacer ambas cosas, pero no te

has dado cuenta.

Él toca la llama, retrae la mano un instante después, con un gesto de dolor. Observa su dedo con atención, lo acaricia con el pulgar. Ella lo mira con atención, curiosa.

—¿Crees que no me he dado cuenta?

—Creo que no te lo has permitido.

Fred sonríe con tristeza, su mirada aún fija en el fuego.

—Tienes la certeza de que salgo exclusivamente a observar, que mi trabajo es una vía de escape. Incluso estás segura de que uso las migrañas como pretexto para huirle a la vida, pero te equivocas.

Él da media vuelta, la encara.

—Preguntaste si te amo. ¿Aún quieres saberlo?

Lou lo mira con melancolía. Asiente.

—Sí.

Los hombros de Fred se relajan, como su expresión y su mirada.

—Pues sí, desde siempre. Cuando me cuestionaste por primera vez, cuando recitaste tu oda a la vida. En toda situación y momento en que has expresado tu alma sin tapujos. Cuando tengo la oportunidad de escucharte y hablarte sin que otros intervengan. Ahora mismo, incluso, que eres arrogante e insoportable —Hace una pausa, pasa saliva y vuelve al muro, apaga varias velas—. Crees que juegas conmigo porque me tienes atrapado aquí, que me has dejado sin ninguna forma de escapar porque te has metido hasta el centro de mi mundo y lo único que puedo ver con claridad eres tú.

Fred vuelve con Lou, acerca una mano a su rostro, pero duda y se detiene. Da media vuelta y vuelve al sillón. Continúa.

—Y sé que me amas también, por eso te diste a la tarea de planear... esto—Mira alrededor, el estudio está ahora casi a oscuras—. Sea lo que sea. Sé que deseabas entregarte a mí de alguna forma, por lo menos una vez.

Lou sonríe, traviesa. Se sonroja al saberse descubierta.

—Pero tenías que hacerlo de una forma tan peculiar, de esta manera tan

extraña y ajena para mí.

Fred baja la mirada, triste. Mira a Lou con un amor profundo, rendido.

—Tenías que ser tú.

Voltea el rostro, tímido. Lou se acerca a él, le toca el hombro con suavidad. Fred la abraza fuerte, se sumerge por completo en ella, que lo acoge con cariño.

—Sé mi esposa.

Fred habla con la determinación de un niño.

—¿Qué?

—Te amo. Sé mi esposa.

Lou sonrío ampliamente, enternecida. Le acaricia el cuello y la nuca.

—Fred...

—No. No digas nada.

—Tú sabes que...

Fred se tensa.

—Por favor, no. Sé que Paul te espera donde quiera que haya ido.

Lou se separa hasta tenerlo de frente, le toma el rostro por las mejillas. Lo besa en los labios. Es un beso puro, amoroso, como si pusiera en ello el resto de la vida que no vivirá con él.

Unos segundos después se separan. Fred da un paso atrás, contenido.

—Dale un abrazo por mí. Dile lo mucho que lo estimo.

Lou sonrío, satisfecha.

—Siempre lo supe, Fred.

—¿Qué cosa?

—Que eres un romántico.

Él sonríe, su tristeza un manantial profundo, que busca desbordar.

—Nadie te creería si tratas de divulgarlo.

Lou ríe, le acaricia el rostro sin acortar la distancia que los separa, da media vuelta y va hacia la puerta del estudio. Se detiene antes de salir y mira a Fred una vez más.

—¿Fred?

—¿Sí?

—Yo también te amo.

Fred la mira, sus ojos destellan.

Lou sale, cierra la puerta tras de sí. Fred se deja caer en el sillón con pesadez, cierra las manos alrededor de los descansabrazos, luchando contra el torrente de lágrimas que, a pesar de la resistencia, a pesar de la razón y el pragmatismo, desborda libremente.